

141
El diablo no se hubiera podido escapar...
muerto un momento. Los barones...
tan inocente. Fue abasado de su...
una semana como un gallo...
el anillo. Esta no volví a poner...
de ayer no existe para ella...
del día de hoy. He sido lo que es un...
El doctor...
fue la noche

LIBRO CUARTO

EL BUG PIPE

LIBRO CUARTO.

EL BUG PIPE.

CASILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD



I.

PRIMEROS RESPLANDORES DE UNA AURORA, Ó DE UN INCENDIO.

Gilliatt no habia hablado nunca á Deruchette. La conocia por haberla visto de lejos, como se conoce la estrella de la mañana.

En la época que Deruchette habia encontrado á Gilliatt en el camino de Saint Pierre-Port á Valle, y le habia sorprendido escribiendo su nombre en la nieve, ella tenia diez y seis años. Precisamente la víspera le habia dicho mess Lethierry. No hagas mas travesuras. Eres ya mujer.

El nombre *Gilliatt*, escrito por Deruchette, se habia sumergido en una profundidad desconocida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRERIA ALFONSO REYES
UNIVERSITARIA

¿Qué eran las mujeres para Gilliatt? él mismo no habría podido decirlo. Cuando encontraba cualquiera de ellas, le daba miedo, y él lo tenía. No hablaba á una mujer sino en el último apuro. No habia sido jamás el «galan» de campesina alguna.

Cuando iba solo por un camino y veia venir hácia él á una mujer, saltaba la tapia de un huerto ó se escondia en la maleza y se marchaba. Huia hasta de las viejas.

No habia visto en la vida mas que una parisiense; parisiense de paso, que era un extraño acontecimiento para Guernesey en aquella época lejana. Y Gilliatt habia oido á aquella parisiense referir en los siguientes términos sus desventuras: «Estoy de muy mal humor; acabo de recibir algunas gotas de lluvia en el sombrero, que es de color de albaricoque, y este es un color delicado que el agua lo mancha.»

Mas adelante, habiendo hallado entre las hojas de un libro un antiguo grabado de modas que representaba «una dama del malecon de Antin,» lujosamente puesta, lo pegó á la pared de su huerto para recordar la aparicion.

En las tardes de verano, se escondia detrás de las rocas del ancon Houmet-Paradis para ver á las hijas del país cómo se bañaban en camisa en el mar. Un dia, al trasluz de un seto vivo, habia visto cómo la hechicera de Torteval se ataba la liga. Probablemente era vírgen.

En aquella mañana de *Navidad* (1) en que encontró á

(1) En Guernesey y demás islas del archipiélago de la Mancha, el dia de Navidad, entre los protestantes se celebra el 1.º de año.

Deruchette y ésta escribió su nombre riendo, volvió á entrar en su casa sin saber por qué habia salido.

Al llegar la noche, no durmió.

Pensó en mil cosas;— en que haria bien en cultivar reponches negros en su jardin; que la esposicion era buena;— que no habia visto pasar el buque de Serk, ¿le habria sobrevenido algun accidente?— que habia visto siempre en flor, cosa rara para la estacion. Nunca habia sabido de una manera precisa qué lazo de parentesco le unia con la anciana mujer que habia muerto, y pensó en ella con un acrecentamiento de ternura. Pensó en el ajuar de una mujer que habia en la maleta de cuero. Pensó que el reverendo Jaquemin Hérode seria probablemente nombrado un dia ú otro dean de Saint-Pierre Port, auxiliar del obispo, y que el rectorado de Saint-Sampson quedaria vacante. Pensó que un dia despues de Navidad la Luna se halla en su vigésimo sétimo dia, y que por consiguiente la marea alta es á las tres y veinticinco minutos, la media retirada á las siete y quince, la marea baja á las nueve y treinta y tres, y la media subida á las doce y treinta y nueve.

Recordó con todas sus mas minuciosas circunstancias el traje del highlander que le vendió el bug pipe, su sombrero adornado con un cardo, su claymore, su vestido ceñido con faldones cortos y cuadrados, el sciltor philaberg, adornado con el bolso sporrán y con el smushing mull (caja de cuerno), su alfiler hecho de una piedra escocesa, sus dos cintos, la sashwise y el belts, su espada

(el swond), su machete (el dirck), y el skene dhu (cuchillo negro con mango tambien negro), armado de dos cairgo-runs, y las rodillas desnudas de aquel soldado, sus medias, sus pulseras y sus zapatos con hebillas. Con traje tal se convirtió en espectro, que le persiguió, le dió calentura y le amodorró.

Se despertó ya muy entrado el día, y su primer pensamiento fue Deruchette.

Al día siguiente durmió, pero durante toda la noche vió al soldado escocés. En medio de su sueño se dijo que los Chep-Plaads despues de Navidad se celebrarían el 21 de enero. Soñó tambien con el viejo rector Jaquemin Hérode.

Al despertar pensó en Deruchette, y concibió contra ella una cólera violenta; sintió no ser ya pequeño, porque hubiera querido ir á romper á pedradas los cristales de su casa.

Despues reflexionó que si fuese pequeño, tendria aun á su madre, y se puso á llorar.

Formó el proyecto de ir á Chousey ó á los Minquiers para pasar allí tres meses. Sin embargo, no partió.

No volvió á poner los pies en el camino de Saint-Pierre Port an Valle.

Se figuraba que su nombre, *Gilliatt*, habia quedado grabado en el suelo, y que todos los transeuntes tenian por precision que mirarle.

II.

ENTRADA, UN PASO TRAS OTRO, EN LO DESCONOCIDO.

En cambio, iba todos los días á los Bravées. No lo haria espresamente, pero iba por aquel lado.

Sucedia que su camino le obligaba siempre á pasar por el sendero que seguia á lo largo de la tapia del jardin de Deruchette.

Una mañana, como él se hallase en dicho sendero, una mujer del mercado que volvia de los Bravées, dijo á otra: *Miss Lethierry tiene afición á los seakales.*

Destinó una porcion de su huerto del Bu de la Calle al cultivo de seakales. El seakale es una col que tiene el sabor del espárrago.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

La tapia del jardín de los Bravées era muy baja; de un salto se podía pasar al otro lado. La idea de saltarlo le hubiera parecido espantosa. Pero no le estaba prohibido oír al pasar, como oía todo el mundo, las voces de las personas que hablaban en las habitaciones ó en el jardín.

No escuchaba, pero oía. Una vez oyó disputar á las dos criadas, Dulce y Gracia. Era un ruido de la casa, y sin otra razón le quedó en el oído como una música.

Otra vez distinguió una voz que no era como las otras y que le pareció deber ser la de Deruchette. Huyó como si le persiguieran.

Las palabras que esta vez había pronunciado permanecieron eternamente grabadas en su pensamiento. Él mismo se las repetía á cada instante: *¿Os gusta mi retama?*

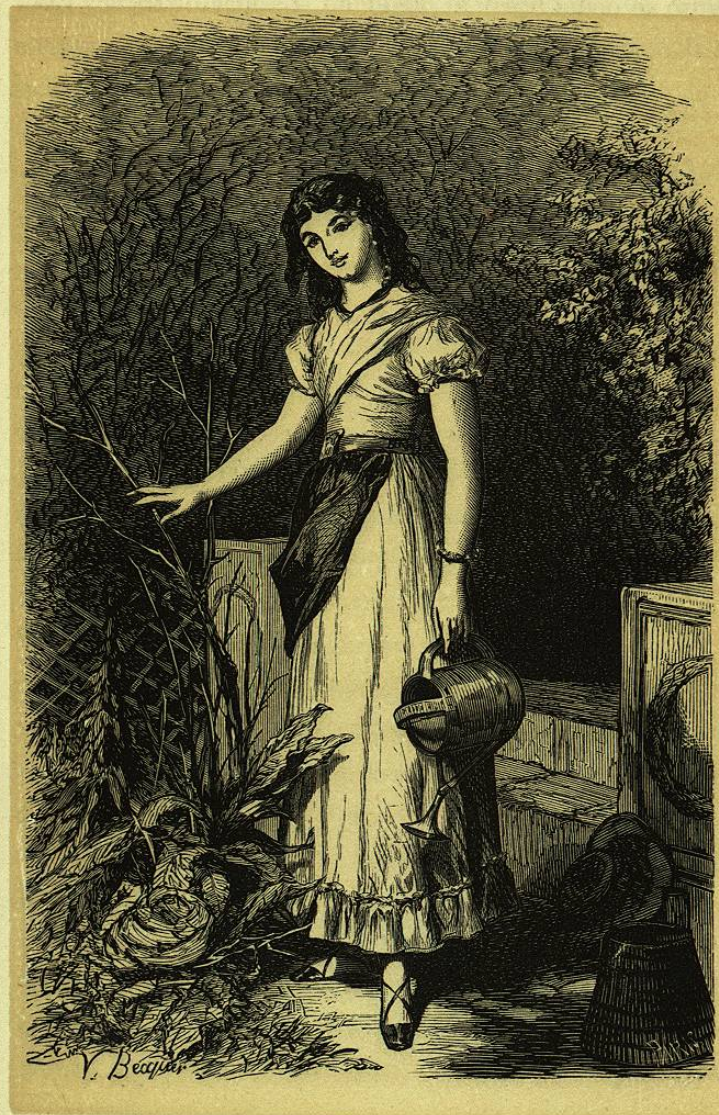
Se envalentonó gradualmente. Se atrevió á detenerse. Llegó un día en que Deruchette, á la cual no se podía ver desde fuera aunque estuviese abierta la ventana de su cuarto, estaba sentada al piano, y cantaba. Cantaba su canción *Bonny Dundee*. Él palideció, pero tuvo la suficiente firmeza para escuchar.

Llegó la primavera. Un día Gilliatt percibió una visión; el cielo se abrió. Gilliatt vió á Deruchette que regaba unas lechugas.

Bien pronto hizo algo más que detenerse. Observó sus costumbres, investigó las horas de su aparición, y la aguardó,

Ponia el mayor cuidado en no ser visto.

Poco á poco, al mismo tiempo que los espejillos se lle-



DERUCHETTE.

naban de mariposas y de rosas, inmóvil y mudo l oras enteras, oculto detrás de la tapia, sin ser visto de nadie, conteniendo su aliento, se acostumbró á ver á Deruchette ir y venir por el jardin.

El hombre se acostumbra al veneno.

Desde su escondrijo oia con frecuencia á Deruchette conversar con mess Lethierry debajo de un pabellon de ojaranzos en que habia un banco. Las palabras llegaban á él distintamente.

¡Cuánto camino habia andado! Habia llegado ya al estremo de atisbar y escuchar. ¡Ay! El corazon humano es un espía.

Observando las flores que veia á Deruchette coger y oler, habia adivinado sus gustos en materia de perfumes. El albolol era el olor que preferia, despues el clavel, despues la madreSelva, despues el jazmin. La rosa no ocupaba mas que el quinto lugar en el orden de sus preferencias. Contemplaba los lirios, pero no los olia.

Despues de la eleccion de perfumes, Gilliatt hizo su composicion de lugar en su pensamiento. A cada olor hacia corresponder una perfeccion.

La sola idea de dirigir la palabra á Deruchette le hacia erizársele los cabellos.

Una pobre vieja, cuya industria ambulante la colocaba de cuando en cuando en la senda que corria á lo largo del cercado de los Bravées, llegó á notar confusamente la asiduidad de Gilliatt junto á aquella tapia y su devocion á aquel lugar desierto.

¿Refirió la presencia del joven en aquel sitio á la posibilidad de una mujer detrás de la tapia? ¿Percibió vagamente el hilo invisible? ¿En su estado de mendicante decrepitud, habia permanecido bastante joven para recordar algo de sus bellos años, y sabia aun, en su invierno y en su noche, lo que es el alba? Lo ignoramos, pero parece que una vez, pasando cerca de Gilliatt, «desempeñando sus funciones,» le dirigió toda la cantidad de sonrisa de que era aun capaz, y refunfuñó entre encías, porque ya no tenia dientes: *La cosa marcha.*

Gilliatt oyó la frase, que le impresionó, y murmuró con un punto de interrogacion interior:—¿La cosa marcha? ¿Qué querrá decir la vieja?

Repitió maquinalmente la palabra durante todo el día, pero sin comprenderla.

Una noche que se hallaba en su ventana del Bu de la Calle; cinco ó seis muchachas de la Ancresse empezaron á bañarse por puro placer en el ancon de Houmet. Jugaban en el agua, muy inocentemente, á cien pasos de distancia. Él cerró la ventana con violencia.

Se apercibió de que una mujer desnuda le causaba horror.

III.

LA CANCION BONNY DUNDEE ENCUENTRA UN ECO EN LA COLINA.

Detrás de la cerca del jardín de los Bravées, en un ángulo de pared cubierto de acebo y de hiedra, erizado de ortigas, con una malva salvaje arborescente y un gran gordolobo blanco que brotaba en el granito, allí, en aquel rincón, pasó él todo el verano. Allí estaba, indeciblemente pensativo.

Los lagartos, acostumbrados á él, se calentaban al sol encima de las mismas piedras.

El verano fue espléndido y apacible. Gilliatt tenia encima de su cabeza la circulacion de las nubes. Estaba sentado en la yerba. Todo estaba poblado de cantos de pá-

jaros. Se cogía la frente con las dos manos y se preguntaba: ¿Por qué habrá escrito mi nombre en la nieve?

El viento del mar arrojaba á lo lejos fuertes bocanadas. Por intervalos, en la cantera lejana de la Vanduc, la trompa de los mineros rugía bruscamente, advirtiendo á los pasajeros que se separasen, porque iba á reventar una mina. No se veía el puerto de Saint-Sampson, pero se veían los topes de los mástiles por encima de los árboles. Las paviotas volaban dispersas.

Gilliatt había oído decir á su madre que las mujeres podían enamorarse de los hombres, y que esto sucedía algunas veces. Y él se respondía: Hélo aquí. Ya lo comprendo, Deruchette está enamorada de mí.

Se sentía profundamente triste, y se decía: Pero ella también piensa en mí; es muy justo. Se acordaba de que Deruchette era rica y de que él era pobre. Opinaba que el buque de vapor era una invención execrable. No podía jamás recordar á cuántos estaba del mes.

Miraba vagamente los grandes abejorros negros de grupas amarillas y alas cortas que se hundían zumbando en los agujeros de las tapias.

Una noche Deruchette entró en su cuarto para acostarse. Se acercó á su ventana para cerrarla. La noche estaba oscura. De repente Deruchette se puso á escuchar atentamente. En la profundidad de la sombra había una música.

Alguno que se hallaba probablemente en la pendiente

de la colina, ó al pie de las torres del castillo del Valle, ó tal vez mas lejos aun, tocaba un instrumento.

Deruchette reconoció su melodía favorita *Bonny Dundee*, reproducida por el bug pipe. No pudo comprender el misterio.

Desde entonces la música se repitió de cuando en cuando á la misma hora, particularmente en las noches muy negras.

A Deruchette no le gustaba aquello.